



Sargento Anfiloquio, la virtud del valor

HUBO un tiempo en que el nombre de Anfiloquio sonaba en toda España; lo conocían los niños, era popular entre los viejos, y cuando un adulto lo mencionaba, todos se arrimaban a él por si el relator había tenido la suerte de tratarlo personalmente. Anfiloquio no era un cantante de moda, ni un deportista, ni un sabio, ni un santo; era algo tan inusual como un héroe de guerra, pero a la vez un joven casi adolescente, cuya imagen despertaba la simpatía general aún sin conocer los detalles de su historia.

ALTO, bien plantado, la guerrera bailándole sobre la flaca estructura por falta de relleno, de mirar resuelto y sonrisa a flor de labios; Anfiloquio conseguía restar solemnidad a la estampa del militar cargado de medallas. El hacía informal con su carácter cualquier situación pretendidamente administrativa. La jovialidad era su norma de conducta, y hasta en la edad madura se ha distinguido por el buen humor y sencillez de trato.

Anfiloquio entró en la lista de los héroes rompiendo moldes y desterrando tópicos; y sin embargo, pocos como él habrán logrado penetrar en el sentir común del pueblo llano; porque Anfiloquio era, más que cualquier otra figura señalada por la fama, un hombre sencillo que jamás pretendió dejar de serlo.

Soldado de Infantería al comenzar la guerra civil, a los pocos meses y sin dejar el fusil un solo día, ascendía a cabo; y en la primavera de 1937 se encontraba ya mandando un pelotón en las tierras del Norte.

Era el 15 de mayo, la guerra iba a cumplir su primer año de horrores y no se veía su final medianamente previsible por ninguno de los bandos. Los frentes tendían a estabilizarse y las ofensivas cada vez se hacían más minuciosas y mortíferas. Uno de esos escenarios demoledores fue el frente de Vizcaya, que en aquellos meses se presentaba a los ojos de los observadores militares como una línea clave y particularmente conflictiva.

Aquella mañana, una de las posiciones, la de Bizcarri, reparaba los desperfectos producidos por la última embestida del enemigo. Parecía como si ese punto concreto hubiese sido

elegido como vértice preferente de penetración por las fuerzas adversarias. Día tras día venía soportando un incansante cañoneo, que invariablemente concluía con el ataque de un aluvión de infantes dispuestos a no retroceder ante nada. Pero tantas veces como lo intentaban, los defensores de la posición lograban rechazarlos.

Allí, entre sacos terreros unas veces y a campo raso las más, estaban los hombres del Regimiento San Marcial, y entre ellos Anfiloquio González García, que llevaba prendida al pecho, en su mono de campaña, una galleta con los tres galones de sargento.

No había levantado mucho el sol cuando una primera andanada de proyectiles se vio brillar en el azul del cielo. Pronto empezaba la función el día de San Isidro. Al silbido precedió el estruendo martilleante y seco de los disparos, y en unos segundos temblaba

La guerra iba a cumplir ya su primer año de horrores y no se alcanzaba a ver un final medianamente previsible.

la tierra resquebrajada por un sinfín de trozos de metralla.

La preparación artillera era concienzuda, la lluvia de metal causaba estragos en los defensores de Bizcarri. Tras una pausa en el relampagueo, los hombres del San Marcial pudieron ver, a través de la humareda, una compacta columna de infantes que avanzaban hacia la posición casi a paso ligero.

Podía ser el fin o como tantas otras veces el principio de un choque cuerpo a cuerpo al pie mismo de los parapetos.

El sargento Anfiloquio esperaba las órdenes del oficial para avanzar con su pelotón. Eran minutos tensos en los que las imágenes se agrandaban hasta llegar a ver las mínimas facciones en los rostros de los adversarios. Por fin se escuchó un ... ¡Ahora! y todos, como un solo hombre, saltaban sobre los sacos terreros para fijarse al suelo unos metros por delante.

En un momento, cuando Anfiloquio ordenaba el comienzo del ataque, un casco de metralla al rojo vivo le seccionó el brazo izquierdo. El hierro le cortó limpiamente hasta la manga misma. El brazo cayó al suelo palpitando aún en un postrer latido de calor y vida. Las arterias quedaron cauterizadas un instante; no brotaba sangre, sólo un dolor de ausencia recorrió mortalmente el organismo mutilado. Y una chispa de horror debió estallar en el cerebro para excitar en el hombre alguna forma de valor desconocido. Anfiloquio agarró, ya con su única mano, el brazo que acababa de arrancarle la metralla, lo empuñó a guisa de sable, y rígido, como un espectro que acabase de brotar del vientre mismo de la guerra, gritó: ¡Adelante, San Marcial! ¡Adelante!, para perderse sólo envuelto en plomo hacia la Infantería enemiga.

El gesto sobrehumano del sargento Anfiloquio polarizó a unos y otros contentientes; los que le vieron ir hacia ellos retrocedieron espantados, la imagen era de horror o de epopeya, y los que le seguían, saltaron tras él como



Los que le vieron avanzar retrocedieron espantados, y los que le seguían saltaron tras él con un valor jamás sentido.



El Sargento Anfiloquio.

impulsados por una fuerza hipnótica jamás sentida.

Anfiloquio seguía en pie, brazo en alto, profiriendo gritos que nadie entendía. A poco, un borbotón de sangre le inundó el costado; comenzó a bacilar y cayó de rodillas sin dejar de oprimir entre los dedos engarabitados aquel trozo de sí mismo.

Miró atrás, a los lados, y hasta los mismos rostros de los que tenía enfrente; y entre los estampidos que atronaban el aire, se le oyó decir, casi en tono de disculpa: Esto no es nada ¡Seguid! Esto no es nada. Y una vez rebasado, dando tumbos de un lado para otro, se dirigió hasta el puesto de socorro sin permitir que nadie le ayudara.

La ofensiva había sido contenida una vez más. En el juicio contradictorio para la concesión de la cruz laureada de San Fernando al sargento Anfiloquio, se dijo que su heroico comportamiento fue decisivo para el mantenimiento de la posición, ya que aquel día, 15 de mayo de 1937, pudo comprobarse que el enemigo concentró sobre Bizcarrí una potencia de fuego superior a tentativas anteriores. Fuese o no así, lo cierto es que Anfiloquio González no pudo llegar más lejos en los límites del heroísmo humano.

El brazo del Sargento cayó al suelo, palpitando aún en un postrer latido de calor y vida.

La hazaña de este hombre comienza ya a velarse con el tiempo. Es justo que aquellos que visten su uniforme y ostentan su divisa guarden un respetuoso recuerdo al soldado y a su gesta; porque en la guerra y en la paz, si algo brilla por sí mismo es la virtud, y el valor es la más limpia de las virtudes castrenses. Anfiloquio González, un humilde sargento de Infantería, lo supo poner de relieve en la más difícil de las situaciones. ■

Miguel Parrilla